



Jesús Delgado

¿QUIEN ES EL POBRE? LA RESPUESTA DE LA BIBLIA

“¿Con qué tu sabes reconocer a los pobres?”, pregunta Sócrates a Eutydemo en un diálogo que nos reporta Jenofonte en sus *Memorias* (IV, 2. 37). No se trata aquí de la pobreza ni como concepto ni como fenómeno social y económico, no se trata de la pobreza sino del pobre. Cuestión esta tal parece poco fácil. Porque no basta detectar y definir el fenómeno económico, social y cultural de la pobreza para identificar al pobre, pues no es la pobreza la que hace al pobre, mas tampoco son los pobres los que forjan la pobreza. No es la pobreza la que hace al pobre por la sencilla razón de que no hay fenómeno social y económico que no tenga a su base al hombre, elemento fontal de todo fenómeno humano. No son tampoco los pobres los que forjan la pobreza pues al igual que no hay pobreza sin pobres, no hay tampoco pobres sin ricos. Pero, ¿cómo identificar al pobre sin reconocerlo como parte del fenómeno de la pobreza? Mas por otra parte, ¿cómo detectar el fenómeno de la pobreza sin antes identificar al pobre? Estamos remitidos a una cuestión dialéctica. Esto no es sino parte del problema. Hay más. Se trata aquí no precisamente de ser pobre sino de reflexionar, escribir o hablar sobre el pobre. Desafortunadamente, no siempre son los pobres los que reflexionan o escriben de sí mismos, sino generalmente los que han superado la pobreza cultural y a veces la económica y social, los intelectuales del primer mundo con todos los recursos técnicos y aportes científicos deseables, y por su lado los terciomundistas que ven en su convivencia con los pobres su mejor instrumento. Desgraciadamente unos y otros son generalmente ajenos al pobre aun cuando algunos de ellos vivan bañados dentro del fenómeno social de la pobreza. Resulta entonces que escribir sobre el pobre no es otra cosa sino escribir en

lugar del pobre. Honestamente hablando, no podemos abordar una reflexión sobre el pobre sin partir de esta hipótesis: ¿qué diría el pobre si hablara de sí mismo? Pregunta teórica reconozcámoslo enseguida, que abre el camino a la ideologización de su respuesta. Tal parece que no podemos abordar esta tarea sin las limitaciones que conlleva para uno de nosotros.

Se dice que la Iglesia de Jesucristo es una Iglesia de los pobres. Se impone entonces la necesidad de dilucidar **quién es el pobre**, tarea que nos hemos impuesto en este artículo. Pero sucede que no podemos restringir nuestra reflexión a una perspectiva puramente religiosa. Religiosamente hablando hay diversas perspectivas sobre el pobre: o porque por voto se obligan a la pobreza y éstos no siempre son pobres económicamente hablando, o porque carecen de principios religiosos y desde esa pobreza ven la vida con visiones materialistas, o porque, como lo pretende Feuerbach, por tener una tan fuerte visión religiosa de la vida aceptan la “alienación”, o porque simplemente tomaron en serio el consejo evangélico de Jesús desprendiéndose de todas las cosas, donándoselas a los pobres, reduciéndose a una pobreza material, renunciando a los prestigios sociales y a los poderes políticos que acarrea la posesión económica de riquezas.

No es difícil percatarse por este rápido bosquejo religioso lo complicado que puede ser identificar al pobre, más aún si nos adentráramos en la complejidad de lo socioeconómico. Tal vez un buen punto de partida para una reflexión sobre el pobre sea la visión que la Biblia nos ofrece sobre el mismo. La Biblia nos ofrece una perspectiva del pobre des-

de el interés que Dios tiene por el hombre, sin descuidar la estructura social (lo que los moralistas se complacen en llamar "ocasión de pecado"); y, por otra parte, la Biblia recoge un material escrito que da testimonio de lo que el hombre ha sido en diversas etapas de la historia y en diversas situaciones. No podemos pretender encontrar en la Biblia una revelación del pobre, no hay nada de esto pues no es la revelación del pobre el objeto de la Biblia, sino la revelación de Dios. Pero sí vamos a encontrar en ella un interés por el pobre desde la visión de Dios, desde una visión integral.

Otra ventaja que nos ofrece la Biblia es que, en el mayor número de los casos conocidos, los autores que nos hablan del pobre fueron gentes económicamente pobres y comprometidos en una situación de pobreza, luchando contra ella y por el hombre pobre, los profetas, por ejemplo. Esto nos obliga irremediamente a abordar el tema del pobre de la Biblia desde la concreta situación histórica de cada uno de nosotros, comprometidos en una lucha contra la pobreza y en favor del pobre, de otro modo la lectura de la Biblia no sería más que la lectura "del más bello libro" de la humanidad.

Una cita con los pobres de la Biblia

Intentaremos aproximarnos al problema de la identificación del pobre por medio de la lectura de la Biblia. Para mayor claridad y con todas las inconveniencias que esto presenta trataremos de sistematizar nuestra exposición. Lo ideal sería respetar el orden cronológico del contenido de los libros de la Biblia y la cronología de su redacción, pero éste no será nuestro propósito sino de una manera muy tangencial. Trataremos sin embargo de recabar los datos sobre el pobre en los libros más importantes del Antiguo Testamento, en aquéllos que integran la ley y los profetas.¹ Los libros históricos y los de la sabiduría nos servirán para completar los primeros. Metodológicamente procederemos por modo de tipificación, por la descripción de ciertas circunstancias históricas que enmarcan la vida del pobre. Enseguida definiremos las características de estas tipificaciones para, en último término, sacar en limpio el tipo de pobre que parece destacarse de esa situación.²

Tipificación 1 (Exodo, capítulo 1 al 5). Se trata de la muy conocida situación de esclavitud que sufre el pueblo hebreo bajo el yugo opresor de los egipcios. Los hebreos tenían que trabajar para sus patronos, los egipcios. No percibían salario alguno, no se les reconocía derecho alguno, estaban privados de todo, se les daba de comer para poder conservar las fuerzas de trabajo que los egipcios necesitaban y si no se les mataba fácilmente era por el mismo motivo, de ningún modo porque se les reconociera el

derecho de vivir. En su existencia de esclavos no sabían más lo que significaba la posición erecta del hombre, porque eran "hombres curvados", vivían como animales y como animales se les trataba. El verbo que el hebreo usa para designar este tipo de pobre es precisamente el verbo "anah" que significa curvarse, estar curvado, curvar a alguien, ni más ni menos como el animal que siempre está curvado hacia el suelo (Isaías 31.4; 53.7, 60.14), cuando se le somete al trabajo.

Las características de esta tipificación son las siguientes: el pueblo hebreo vive en una miseria extrema, no tiene de qué comer, se les da de comer, están supeditados a otro aún en sus necesidades vitales: son unos indigentes. Por el ritmo y la intensidad de trabajo a que están sometidos no tienen margen de tiempo para descansar y distraerse. Entonces la actividad sexual se torna el único desahogo, lo que acarrea un crecimiento enorme de su población. Cuanto más crecen en número tanto más se agrava su propia situación. Viven continuamente bajo la opresión de la violencia y de la amenaza. De hecho su vida está continuamente colgando de un hilo, del capricho de sus opresores. Trabajan una tierra que no les es propia y en edificios que sirven a la estructura que les oprimen. La única recompensa que reciben es el agobio de un trabajo servil. Con su trabajo acrecientan el poder de quienes les obligan a trabajar, son unos oprimidos.

Tipo de pobre. Resulta entonces que estos hombres son unos oprimidos. Su existencia es servil, pues desde que nacen solamente conocen dos cosas, servir y sufrir. Estos pobres experimentan su existencia como la fuerza de dos manos que le obligan a tener la cabeza inclinada, curvada hacia el polvo (Génesis 15, 13). Este pobre no sabe lo que es realmente un contrato de trabajo, solamente saben que hay "señores" que les "dan" trabajo, sin reconocerles derecho alguno. Su situación es la de un explotado (Exodo 1, 11). Sabe este pobre que quienes le "dan" trabajo tienen el derecho de maltratarlo y de humillarlo a su libre albedrío, por esta razón este oprimido experimenta su vida como si fuera una vida de perro (Deuteronomio 26, 6. Véase también 1 Samuel 24, 15). Como un perro ante su amo, el oprimido es un hombre sin defensa alguna (Génesis 16, 6) y por esta razón es objeto de continuos abusos y atropellos. Sus bienes y su persona misma están a merced de sus opresores (Isaías 3, 14 - 15), es continuamente atropellado y diezmado por los terratenientes y sus patronos (Ezequiel 22, 29). En una palabra, este pobre es un exprimido por sus patronos hasta donde dé su vida (Exodo 1, 12). Es también un hombre humillado, pues tiene que curvarse ante sus patronos hasta para "pedir" el pan que necesita para recuperar sus fuerzas. De ningún



modo tiene el derecho ni siquiera de exigir su pan, es un **indigente** (Isaías 15, 13). Exprimidos hasta en su miseria misma, la suerte de estos **desgraciados** Ezequiel 18, 12) es la de ser eliminados, cuando sus fuerzas ya no producen más para los patronos (Amos 8, 4).

Los libros de la sabiduría nos ofrecen una visión similar de este tipo de pobre. Este hombre es un humillado de la sociedad (salmo 89, 23) y oprimido de los poderosos (salmo 94, 5). Frente al poderoso es un débil y frente al explotador un impotente (salmo 34, 10) que no escapa al peligro siempre inminente de la persecución a muerte (salmo 10, 9). Agotado por los trabajos impuestos, este hombre es un **desvalido** (salmo 14, 6), vive continuamente en la aflicción (salmo 74, 21) porque no tiene a nadie a quien recurrir; sus explotadores son unos **impíos** (salmo 10, 9) y unos orgullosos (Siracida 10, 14). Su existencia es ser siempre blanco de los malvados (salmo 37, 11).

Tipificación 2 (I Samuel 16, 1 - 31, 13). Se trata de la historia de Saúl y de David. Saúl es hombre rico y poderoso, constituido rey de Israel; David es un pastor de rebaño hijo de familia pobre, él es un **campesino**. Por designios de Dios estos dos hombres llegaron a encontrarse, el rico y el pobre. David poseía cualidades naturales sorprendentes, era sagaz, astuto, ingenioso, artista y por encima de todo atractivo, como persona y como hombre. Saúl en cambio fundamentaba su renombre en el dinero y en el poder que poseía. Con toda naturalidad David hacía conocer poco a poco sus virtudes hasta en el

dominio bélico, cuando venció a Goliat. La gente admiraba a David y reconocía en él muchas cualidades por encima de Saúl, Saúl en cambio fue cobrando envidia y sintiéndose amilanado ante el "pobrecito" que era David. Saúl intentó matar al pobre. David tuvo que huir y pasó errando gran parte de su vida hasta la muerte del rico Saúl.

Características de esta tipificación. Aquí se nos presenta la antinomia rico-pobre. El rico es poderoso por el dinero que posee, el pobre en cambio sólo cuenta con sus cualidades naturales. El poder de la naturaleza es más atractivo y granjea amistad y admiración; pero el poder del dinero es decisivo y aplastante. En definitiva lo que determina el poder de un hombre en una sociedad no son sus dotes naturales y sus cualidades personales sino el dinero. Quien posee dinero domina y manda, quien solamente posee cualidades naturales debe de someterse al rico. El pueblo aprecia las cualidades naturales de un hombre, pero el dinero determina si estas cualidades han de servir a los poderosos o si deben de desaparecer de enmedio del pueblo. Esta última es la opción en nuestro caso. Quien por sus cualidades naturales puede asumir las riendas del gobierno es peligroso si no pacta con el rico.

Tipo de pobre. Encontramos aquí al pobre como un **despreciado**, alguien que no tiene poder económico (Qohelet 4, 14). Es el hombre que pertenece a la pobrería de la sociedad y esto determina su situación social aún cuando esté mejor dotado por la naturaleza que los económicamente mejor situados (Qohelet, 2, 13; 9, 15-16). Cuando las dotes natura-

les del pobre entusiasman al rico entonces éste se digna apoyarlo caritativamente (Siracid 4, 3). De modo que el pobre es un hombre bien dotado acaso por la naturaleza, pero insuficientemente dotado de bienes para su subsistencia (Salmo 10, 8.10.14). La suerte de este pobre es lo que peyorativamente se dice del artista, él es un **habitual hambriento** (Salmo 34, 11). Esta situación entre dos hombres, el uno rico y el otro pobre, no puede menos que provocar una tensión violenta (Siracid 13, 18).

El rico aborrece al indigente (Siracid 13, 20), ofende al pobre y por encima se ufana de ello; es más, exige al pobre ofendido que le pida perdón (Siracid 13, 3). De modo que el pobre es pasto para el rico (Siracid 13, 19); éste usa su fortuna para hacer valer su poder sobre el pobre, a quien no se le permite otra arma que la miseria (Proverbios 10, 15). Por otra parte, los mismos pobres aborrecen a su hermano pobre para complacer al rico, porque cuando el rico tropieza sus vecinos lo sostienen, pero cuando tropieza el pobre sus vecinos lo empujan para que caiga (Siracid 13, 21). El rico por su poder se constituye en señor y maestro de los demás, en cambio el pobre por muy honrado que sea nadie le escucha (Siracid 13, 23). Este pobre termina siendo un extraño en su propio país, un verdadero marginado (Siracid 10, 22).

Tipificación 3 (1 Reyes 3, 1-11, 40). Estos capítulos del libro de los Reyes nos narran la época brillante del Reino Unido de Judá, cuando David dejó su trono en herencia a su hijo Salomón. Una lectura completa de este período tiene que hacerse leyendo paralelamente los profetas, sobre todo Amos y Oseas, que nos revelan el dorso de la medalla de lo que estos libros de los Reyes nos dicen de Salomón y de los Reyes que sucedieron al rey sabio. Salomón construyó magníficamente su Reino. El no era un hombre para la guerra, su padre le había heredado un reino enorme, su ambición era conservarlo y robustecerlo mediante una política económica y de prestigio. Por esta razón Salomón se preocupó por abrir caminos, puertos marítimos, puso en servicio una de las primeras flotas mercantes de la historia, aprovechó los ríos como medios de transporte, etc. Construyó el Templo y su propio palacio, trazó las líneas urbanas de la metrópoli. De suyo todos estos proyectos que se llevaban a cabo podían ofrecer grandes posibilidades de trabajo a todos los súbditos del reino. Pero desgraciadamente no fue así, porque para evitarse los salarios y tener mayor disponibilidad de dinero para las obras, el rey Salomón trajo prisioneros y esclavos de otros países para que aseguraran la mano de obra (1 Reyes 9, 14-24). Por otra parte, muchos eran los que en el exterior odiaban a Salomón el opresor, por esta razón el rey sabio enrolaba a la mayoría de sus súbditos en la mili-

cia. De este modo, la mayoría del pueblo de Judá y de Israel estaban ocupados en trabajos que no eran productivos, y no garantizaban en nada el futuro de la nación. La pobreza fue cundiendo poco a poco y arrasadoramente entre el pueblo. Solamente el esplendor de las obras de Salomón podían esconder la miseria a los ojos de los que visitaban el país.

Características de esta tipificación. Se trata aquí de una situación social engañosa para el pueblo. Aparentemente hay una situación de progreso, pero en realidad no es sino un arma política para consolidar el prestigio y el poder del gobernante. El orgullo de un hombre, personificando el orgullo de un pueblo, le lleva a emprender grandes obras que en su mayoría no son realmente productivas y las que lo son no siempre redundan para el bienestar del pueblo. Por otra parte, se da prioridad a la seguridad del reino, pues son muchas las amenazas que vienen del exterior y que trabajan en el interior de la nación (1 Reyes 11, 14-25). La mayor parte de los ciudadanos se ocupan en asuntos que no son realmente productivos. El prestigio de un hombre se sobrepone a las necesidades reales de todo un pueblo, que por otra parte no goza de las obras maravillosas construidas sino solamente de vista.

Tipo de pobre. Aquí aparece el pobre como un **marginado**. No tiene medios propios con qué valerse para su vida (1 Samuel 18, 23), no tiene poder económico ni poder político, ambos concentrados en manos de pocos y por esta razón no toma parte en las decisiones del país (1 Samuel 24, 15). Este marginado es considerado poco menos que la basura (1 Samuel 2, 8). Propiamente no cuenta para nada, su derecho es frecuentemente violado (Exodo 23, 6), su persona y sus bienes atropellados por los poderosos y ricos (Ezequiel 22, 29); su suerte es la de obedecer dentro de un sistema militarista donde nadie se hace responsable de las acciones pues todos obedecen a un superior (Qohelet 5, 7). Este marginado cuenta poco y cuando estorba a los intereses de los poderosos es sencillamente eliminado de la vida (Amos 8, 4), porque en realidad es un hombre totalmente a la merced de los caprichos de los poderosos (Isaías, 11, 4). Su vida la vive en medio de contrariedades, pues se le obliga a hacer tareas que no le son propias (Amos 5, 12). De modo que el derecho del pobre es la sumisión. El pobre es un **hombre sometido**, que prefiere callar su derecho por el miedo de que se le mate (Amos 8, 4-7) y aún cuando guarde silencio no está aún seguro de que respeten su vida (Isaías 42, 2).

Tipificación 4 (1 Reyes 21, 1-20). Se trata de la conocida historia de la viña de Nabot. La historia parece haber sucedido en tiempos del profeta Elías. Ajab era entonces rey de Samaría. Nabot era un pe-

queño propietario de una pequeña viña. Ajab codicioso quería poseer esa viña, para añadirla a todas las propiedades que poseía. Nabot no tenía más que su viña y por esta razón no quería venderla al rey. Mal aconsejado por su propia mujer que le recuerda la plena potestad del rey de modo que puede disponer de todas las cosas aun de las de los demás, el rey se confía a la maquinación de su mujer. Esta falsifica cartas en nombre del rey, se las dirige a los concejales del reino para que proclamen ayuno y pongan a Nabot en primera fila, de modo que maquinen contra él falsas acusaciones y puedan fácilmente hacerlo presa de la muchedumbre. Nabot es entonces falsa y públicamente acusado de haber maldecido al rey. La chusma le apedrea y lo mata. El rey que afectadamente ignoraba el modo cómo había muerto Nabot, al saber su muerte se amparó de su viña.

Las características de esta tipificación son las siguientes: un hombre sumamente poderoso y rico es ambicioso, no está contento con lo que posee, quiere poseer también lo que tiene el pobre. No quiere que se le acuse a él personalmente, por esta razón deja que la estructura (aquí representada por su mujer y los concejales) proceda con sus métodos. Se falsifican cartas, se abusa del nombre y del poder de la autoridad, se maquina un asesinato dándole visos de justicia, se le quita la vida al indefenso hombre cuyo único pecado fue hacer valer su derecho de propiedad. El poderoso termina robando lo ajeno. En suma: hay aquí violación de la verdad, violación de la autoridad, violación de la justicia, violación de los derechos propios del individuo, violación de la persona, violación de la propiedad, violación de la vida.

Tipo de pobre: manifiestamente estamos ante el pobre como hombre violentado. En general el pobre violentado en sus derechos y en sus bienes es un hombre que sufre, cuya sonrisa no aflora en sus labios, contrariamente al poderoso que se goza de tener más y más (Miqueas 1, 8). Este tipo de pobre no es siempre un miserable, pero su poder y prestigio social (Éxodo 30, 15) son infinitamente inferiores al de los ricos, por esta razón sufren las consecuencias amargas de quienes les agobian, de los poderosos que están acostumbrados a eliminar la vida cuando alguien se opone a sus planes y proyectos (Amos 8, 8-10). Estos pobres son violentados no solamente por los hechos que se perpetran en contra de sus personas o en contra de sus bienes, son también violentados por la situación general de violencia que reina en el país donde se vive sin justicia (Amos 5, 16). El destino de estos pobres es de sufrir la violencia de la complicidad. No pueden decir la verdad porque se les amenaza, tienen que decir la mentira o callarse; no pueden fiarse de la lealtad de nadie porque todos engañan, cada uno a su favor; no pueden

andar tranquilos por las calles porque cualquiera puede disponer arbitrariamente de su vida. Asesinato, libertinaje, robo, mentira, soborno son los fantasmas que persiguen al pobre violentado (Oseas 4, 3). Y lo peor de todo, las estructuras que de suyo debían de estar al servicio de los menos favorecidos e indefensos se vuelcan también en contra de ellos (Amos 2, 7), amañando la ley y la justicia.

Tipificación 5 (Jeremías 52, 1-27). El profeta se refiere al episodio histórico consignado en el 2 Reyes 24, 20-25-30. Nabucodonosor quiso vengar la rebelión de Sedecías rey de Israel y vino a sitiar Jerusalén. El hambre apretó en la ciudad sitiada y no había pan para la población. Las autoridades responsables de la situación huyeron dejando desamparados a los ciudadanos. El rey invasor apresó a mucha gente, encadenó a otros, torturó a muchos, mandó a matar. Derribó las murallas de Jerusalén e hizo víctimas entre sus ciudadanos, a otros los llevó deportados al destierro. Los invasores robaron y despojaron a la gente de sus bienes.

Las características de esta tipificación son las siguientes: se trata de una situación catastrófica, en este caso de tipo bélico pero similar a una situación provocada por el desencadenamiento catastrófico de las leyes naturales, temblores de tierra, inundaciones, incendios, etc. En esta situación todo el mundo sufre el mal inmediato causado por la catástrofe, pero las consecuencias son mucho más terribles para aquéllos que no tienen asegurado de ningún modo su vida futura. Estos sucesos catastróficos son provocados o por la naturaleza o por las estructuras de los hombres, tal es el caso tipo que hemos escogido. La naturaleza puede reducir al hombre a su estado primitivo, pero la naturaleza ofrece siempre a todo hombre los medios naturales para rehacerse; en cambio, cuando la catástrofe es provocada por las estructuras de los hombres, entonces el poder económico y político acapara toda riqueza. En esta situación no es tan fácil para los menos favorecidos levantarse del estado caótico en que quedan a consecuencias de la catástrofe nacional. Las consecuencias las sufren los ricos y los pobres, pero no de igual modo. En primer lugar, porque los ricos tienen parte en las decisiones que encaminan al país a esas situaciones, el pobre en cambio es el último en darse cuenta de esta situación. De modo que el rico y el poderoso sufren las consecuencias obvias de su mala decisión, pero el pobre sufre las consecuencias de decisiones en las que él no ha participado. El hambre, la peste, las enfermedades y toda otra clase de mal que acarrea este tipo de catástrofe será relativamente fácil de superar para el rico, pues tiene sus reservas; para el pobre en cambio es un lote más de miseria.

Tipo de pobre: en situaciones como ésta, el pobre es un **alienado** pues su suerte y su vida están al capricho táctico bélico o político de los que detentan el poder (Isaías 16, 8). De modo que el pobre no tiene más remedio que aceptar las consecuencias nefastas de aquellas decisiones en las que él no tomó parte (Jeremías 14, 2). Pobre es el que sufre la desolación del país, que él mismo no ha causado (Jeremías 4, 28). El rico, aun cuando no escapa a este mal catastrófico no sufre como el pobre. El sufrimiento del rico podrá ser psicológico, afectivo pero nunca tan intensivamente real en sus bienes como el sufrimiento del pobre (Jeremías 6, 26). En situaciones catastróficas, pobre es el **miserable** (Jeremías, 42, 14), hombre reducido a la miseria por el hambre, la sed y el despojo general de sus bienes (Isaías 61, 1-3); es el huérfano que pierde a sus padres y la viuda que pierde a su esposo (Deuteronomio 24, 19); es el que sufre el castigo de las pésimas decisiones de sus jefes, poderosos y ricos (Isaías 65, 13); son los que lloran las pérdidas inmerecidas de un ser querido (Isaías 3, 26). Pobre es el **hambriento**, no aquél que tiene hambre porque está acostumbrado a comer opíparos manjares, sino el que tiene hambre porque no tiene de qué comer (Génesis 41, 55). Es el hombre que en situaciones como éstas se ve empujado al robo y al pillaje o, en el mejor de los casos, a aceptar irremediabilmente todas las enfermedades que su miseria, su hambre y su desnudez le han de causar (Isaías 35, 1-10). El pobre es un damnificado (Génesis 37, 35).

Tipificación 6 (el libro de Job). No tenemos en la Biblia un libro o parte que se haya dedicado expresamente a narrarnos la vida de los israelitas cuando pasaron más de setenta años en el destierro. Sin embargo tenemos un libro que sin ser exactamente histórico, pues en gran parte es simbólico, nos da sin embargo lo sustancial de la vivencia del pueblo de Israel en tierra extranjera, en el destierro. Este es el libro de Job. Las tres etapas de la vida de Job corresponden exactamente a las que vivió el pueblo de Israel antes, en y después del destierro. En primer lugar Job se nos presenta como un hombre que posee todo lo que puede desear tener un hombre: riqueza, salud, esposa, hijos, renombre, honradez. Pero de súbito le sobrevienen desgracias tales que terminan con todos sus bienes y hasta con su salud. Job es reducido a un estado de pobreza y de miseria, pierde sus amigos, tiene que salirse de su propia casa. En esta etapa de la vida Job simboliza al pueblo de Israel en el destierro, después de haber perdido todo. Sin embargo la actitud de fidelidad le vale a Job la devolución de todos sus bienes que se vieron además acrecentados. El pueblo de Israel retorna a su tierra después de los años del destierro, recupera sus bienes que se ven acrecentados por la bendición de Dios, luego de haber permanecido fieles a Dios durante el destierro.

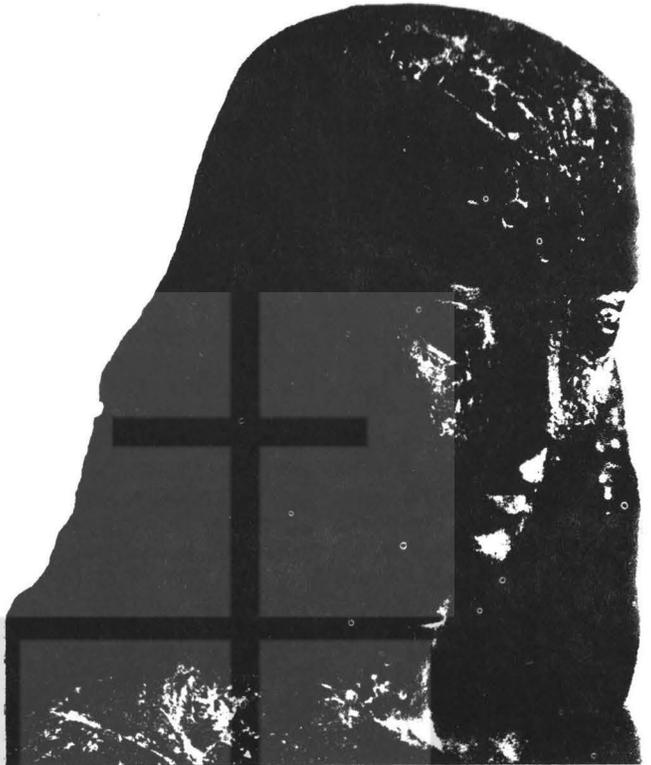
Características de esta tipificación: son casi idénticas a las de los hebreos en Egipto. Difieren en esto, que para el tiempo del destierro los israelitas eran ya un pueblo, sufrían los vejámenes como pueblo y en esa calidad tenían todavía cierta fuerza psicológica y cultural en medio de la esclavitud y servidumbre a la que fueron reducidos. Se trata en este caso de una privación de libertad y de derechos, aun cuando la vida es respetada. Realmente la situación del pueblo de Israel era la de un servidor, y la de un "criado", sobre todo para aquéllos que nacieron en el destierro y que crecieron bajo el signo de la servidumbre, amoldándose a la estructura cimentada sobre la relación amo-siervo.



Tipo de pobre. Aquí tenemos al pobre reducido a una situación de vida tal que no concibe su existencia sino bajo las categorías de **siervo** y **criado**. En esta situación el pobre es el que acepta toda clase de injusticia como algo normal; el malvado roba y saquea y esto parece normal porque él es patrón; el pobre en cambio es justo y trabaja, pero para que se le quite lo que ha producido (Job 24 2-3). Cuando llega el amo y señor a la casa el pobre tiene que esconderse como un ratón (Job 24, 4). El pobre trabaja como asno, pero el patrón devora el producto de su trabajo (Job 24, 5). El criado come de lo que sobra de la mesa del patrón (Job 24, 6), duerme a la intemperie, desnudo y sin protección alguna (Job 24, 7). Sus noches las pasa a la merced del viento y de las lluvias (Job 24, 8). Durante el día, para engañar el estómago vacío, el pobre anda siempre en la boca hojas de zacate, mientras carga en sus brazos hermosas gavillas de trigo para el patrón (Job 24, 10). Hambriento y desnudo, enfermo y doliente el pobre anda por las calles de la ciudad pidiendo ayuda, mendigando hospitalidad, buscando alguien que se ocupe un poco de curarlo (Job 24, 12). Las noches las pasa en zozobra, no sabe si amanecerá al día siguiente con vida, pues cunden los asesinos (Job 24, 14). Estos pobres aprovechan la noche para hacerse guaridas en las afueras de la ciudad (Job 24, 16). El día es más oscuro para ellos que la noche, porque son el blanco de las injusticias de los poderosos (Job 24, 17). Y lo peor de todo es que no pueden vivir más sin sus patronos, pues están acostumbrados al miedo y a la miseria (Job 24, 17), son unos siervos sin ilusión, cuya vida se juega en la pulgada de generosidad de sus patronos.

Tipificación 7 (Daniel 13, 1-3). La escena es escabrosa, repugnante y maravillosa a la vez. Susana es una mujer hermosa y como toda mujer, de suyo, indefensa. Su belleza es codiciada y cosificada por los hombres. Su cuerpo y su belleza se toman objeto del placer de los hombres que la ven con curiosidad y codicia. El aspecto repugnante del asunto está en que son dos ancianos quienes la codician para su placer. Ante la actitud enérgica de Susana de no ceder a su pasión, los ancianos (vrs. 22) apoyados en la ancianidad que les da respeto, se apresuran a acusar a Susana de mujer prevaricada. La llevan a juicio. Todo se vuelve en contra de la pobre mujer, indefensa ante las falsas acusaciones de los dos ancianos. La versión de los ancianos es totalmente falsa (vrs. 36-40), pero como eran concejales, el jurado creyó a sus palabras. Susana entonces exclamó al cielo un grito de desesperación (vrs. 42-43). Se sentía desamparada y sola en medio de una jauría de asediosos.

Las características de esta tipificación son las siguientes: Una mujer virtuosa, "que nunca había



dado de qué hablar" (vrs. 27). Su estado es el de un indefenso, solamente la virtud es su fuerza y su poder. Los acusadores son dos concejales que maquinan una acción mala amparados del prestigio que su edad y su cargo les confiere. De haber cedido Susana a su placer los ancianos se habrían callado y habrían hecho de Susana una mujer sometida continuamente a su secreto placer. Pero como Susana no cedió, entonces echan mano de su prestigio y la acusan falsamente. El juicio es falso y viciado. Susana se siente totalmente desamparada, nadie puede venir a su auxilio, los acusadores son sus mismos jueces. La única fuerza de la mujer era la virtud que guardó íntegra y la verdad que testificó ante el Jurado, pero ni virtud ni verdad le valen en un juicio donde todo está preparado de antemano contra ella.

Tipo de pobre: resulta entonces que esta mujer es una desamparada. **Desamparado** es el hombre pobre que va a los tribunales sin defensa alguna, le despojan de sus bienes y es fácil presa de los que manejan la justicia injustamente (Isaías 10, 2). Desamparado de la ley, el pobre es el hombre que sale perjudicado por las mentiras y los falsos testimonios que se pronuncian contra él en un jurado, sin que haya alguien que dilucide la situación (Isaías 32, 7). En este sentido el desamparado de la ley resulta ser un calumniado públicamente, tiene que aceptar sin remedio que se tergiversen sus palabras y los hechos contra él (Amos 2, 7). En suma, él mismo no puede defenderse, tiene necesidad de otro que le defienda

(Números 12, 3); pero tampoco encuentra nadie que lo haga, pues no tiene recursos para ganarse la protección de la ley, en una sociedad donde la justicia se ha comercializado (Isaías 11, 4). Desamparado de la ley, este pobre es muchas veces obligado a ponerse en situación de marginado de la ley cuando se le insinúa que puede ganar un juicio si soborna al jurado o a un confidente del Juez (Jueces 16, 5). De modo que este pobre es un desamparado, un calumniado públicamente, un forzado a aceptar la mentira bajo la presión del miedo y de la ley manejada por hombres sin sentido de justicia ni de verdad. Este hombre desamparado y pobre se siente solo en medio de una jauría (Isaías 31, 4), ante cuyas decisiones injustas no tiene más remedio que inclinarse, curvarse y aceptarlas (Isaías 53, 7). Es juzgado sin que se tengan en cuenta sus derechos ni sus virtudes (Jeremías 5, 28). En suma, este pobre es un burlado por la ley que le asegura tener derechos pero que en la práctica no se los reconoce (Exodo 23, 6).

Síntesis

De este bosquejo de los libros del Antiguo Testamento podemos sacar elementos sumamente interesantes para el propósito que nos hemos trazado. Las diversas tipificaciones son todas ellas de índole histórica, caracterizan situaciones reales y en modo alguno delinear situaciones espirituales, psíquicas o piadosas. Por lo general notamos con mucha admiración que el Antiguo Testamento nos da una imagen del pobre como la de un hombre que sufre las consecuencias de una situación social que se escapa de sus manos. Es realmente un marginado, no participa del destino y de la gestión de la sociedad, pero sufre las consecuencias con tanto más intensidad cuanto que económicamente es un hombre que no tiene lo necesario para vivir o si lo tiene es de modo muy restrictivo. Por lo general, del punto de vista económico el pobre es un indigente y su indigencia se traduce en su estado psicológico de continua pena, de continuo sufrimiento, de estar siempre como un perro fiel, pendiente de lo que el patrón pueda darle. Este hombre pobre por lo general en su inmensa mayoría pertenece a la clase ínfima de la sociedad, su morada está en los suburbios, su casa muchas veces no es otra cosa que una guarida hecha en las faldas de un cerro, en las laderas de un barranco.

Este pobre cuenta poco para la sociedad porque tiene poco y por lo mismo produce poco, sin embargo es el más laborioso. Pobre es el hombre que trabaja para poder sobrevivir, pero su trabajo lo sufre penosamente porque no tiene posibilidades de recreación. En general este pobre es un artesano, un campesino, un obrero manual, en una palabra, en el mejor de los casos, el que tiene al menos posibilidad para trabajar. Pero hay también pobres que no tie-

nen posibilidad de trabajar porque están impedidos por su cuerpo, estos son los cojos, los mancos, los ciegos, en fin los que por una u otra razón física están impedidos. Entonces el pobre no tiene otra posibilidad de vida sino la mendicidad, se torna un verdadero parásito de la sociedad. Pero está todavía en una peor situación el hombre que es obligado a trabajar para enriquecer a otro o para darle prestigio, es el pobre cuya personalidad es sacrificada en aras de los ambiciosos y de los orgullosos, cuyo salario es el miedo de perder la vida o el bocado que se le da limitadamente para mantener las fuerzas que le son necesarias para el rendimiento físico.

En situaciones normales, cuando el pobre vive en su propio país, está a la merced de los poderosos que manipulan la justicia y el derecho egoístamente con detrimento de aquellos que no tienen ni siquiera la palabra para protestar. El pobre no tiene nada, es indigente, no tiene defensa alguna en los jurados y es fácil presa de quienes buscan un "chivo expiatorio" para justificar acciones malas de los ricos. Los pobres que tienen alguna pertenencia, viven continuamente bajo la amenaza y el soborno, pues la ambición de los ricos no tiene límite. Estos pobres son fácil presa de las calumnias de los poderosos y de los amañamientos de los que rigen las instancias jurídicas. Considerados como la escoria de la sociedad, son continuamente perseguidos como ladrones, mentirosos y pendencieros. Por su solo aspecto de pobre los señores de la sociedad les miran con desdén, se apartan del camino que les llevaría a encontrarse con ellos.

Para mejor dominar la situación social y económica, los poderosos recurren a la violencia para hacer comprender a los pobres que las tierras en que habitan no son suyas, aun cuando vivan en su Patria. Se crea entonces un clima de persecución y de vigilancia militar y policíaca tal que nadie puede sentirse realmente vivir en su propia Patria. El pobre es entonces perseguido, violentado en sus derechos y en sus bienes, más aún en su persona misma. El pobre es explotado y sometido. De él nadie puede decir que es virtuoso y si tiene alguna cualidad para servir a la Patria, los poderosos la aprovechan para su propio bien o encuentran los medios para sofocarlas cuando la juzgan peligrosa para el poder establecido.

En suma, el pobre es el hambriento porque no tiene nunca de qué comer, es el mendigo porque vive sin tener nada, es el desamparado porque no puede nunca ahorrar algo para salir de su pobreza, es el explotado en su trabajo, es el marginado que la sociedad no tiene en cuenta para las decisiones, cuyas consecuencias es el pobre el primero en sufrirlas acremente. El pobre es el oprimido por la ambición

de los poderosos y de los ricos, teniendo que sacrificar en aras de su orgullo todos los dones que podía usar para su propio bien y bienestar. El pobre es un **despreciado** pues económicamente no aporta nada, no vale nada. El pobre es un hombre continuamente **violentado** en sus derechos, en sus bienes y hasta en su persona. El pobre es un **alienado**, porque su vida depende de los poderosos y todas sus esperanzas de mejorar dependen de la generosidad de sus patrones; el pobre espera que cuanto más tenga el rico tanto más posibilidades haya para él en el sentido de ayudársele a salir de la pobreza. El pobre se siente destinado a vivir para ser **criado y servidor**, es decir, para vivir de las migajas que caen de la mesa de su patrón. Pero de todos modos, el pobre se siente totalmente **desamparado**, toda su vida depende del capricho del patrón y no hay ley para él que le defienda, pues los que manejan el derecho han comercializado la justicia y no la venden sino al que paga, y al que mejor paga le dan prioridad.

Las únicas dos virtudes que la sociedad reconoce al pobre es la humildad —que no es realmente otra cosa que la actitud del pobre frente a la humillación de que es víctima— y la obediencia, que no es más que una sumisión callada, miedosa y cautelosa de quien se siente continuamente amenazado. En situaciones violentas de opresión se confunden muchas veces el miedo de hablar con la humildad, la sumisión coaccionada con la obediencia, la esperanza del pobre con el gesto de caridad del rico. En situaciones de opresión militar el hombre calla y recela, vigila y desconfía hasta de sus parientes. El miedo y el recelo es tal que los ciudadanos interiorizan todos sus sentimientos. De suyo, bajo la opresión el pobre no puede externar nada, pues se expone a perder su vida. De modo que bajo la opresión los pobres llegan a ser humildes y humilde se torna sinónimo de pobre, es decir aquél que sufre todas las miserias que hemos descrito más arriba, pero que las sufre como quien se traga la saliva, en el silencio, en la aceptación irremediable de todos los males como un mal menor para por lo menos salvar la vida.

La situación social en tiempos de Jesús.

Joachim Jeremias ha dedicado uno de sus más bellos libros al estudio de la situación social, política y religiosa de Jerusalem en tiempos de Jesús.⁴ La lectura de este hermoso libro ilumina maravillosamente la lectura de los Evangelios haciéndonos comprender mejor muchas cosas y muchas palabras de Jesús. Particularmente interesante e imperativa se hace su lectura para comprender el trasfondo de las noticias que el Nuevo Testamento nos ofrece sobre los pobres.

Joachim Jeremias centra su atención en la si-



tuación de Jerusalem. La verdad es que Galilea era una región de campesinos sumidos en general en la pobreza de quienes se ganan la vida pastoreando rebaños o cultivando la tierra para su propio consumo, aunque no muchas veces llevaban el producto de la tierra a Jerusalem para ser vendido en el mercado. Jerusalem era la ciudad donde se daban cita todos los pobres de Judea y de Galilea, en esa ciudad afloraban todos los problemas sociales por la situación de contraste que ofrecía. Desde este punto de vista se manifestaban en la sociedad del tiempo de Jesús tres clases, dos que polarizaban la situación, los ricos y los pobres y una clase intermedia de comerciantes.⁵

Herodes era el vestigio de un antepasado glorioso del pueblo de Israel, gloria que Herodes hacía valer ante los entonces ocupantes de Judea, los Romanos. El lujo de la corte de Herodes era realmente escandaloso, a tal grado que deslumbraba a los mismos romanos. Pero este lujo con sus frecuentes banquetes solamente era posible por los impuestos que Herodes exigía sin piedad al pueblo judío y a todos los visitantes y moradores de Jerusalem. Esto no dejó de malquistar la voluntad de los ciudadanos. Herodes tenía realmente miedo de su propia pobla-

ción y por esta razón había montado una fuerte guardia, los herodianos, para vigilar la población y detectar todo brote posible de sublevación o de vuelta. El rencor del pueblo era tanto más grande cuanto que se le exigía a cada uno una fuerte contribución tributaria para sostener el tren de vida lujosa de Herodes, sus 18 concubinas y los 500 servidores que mantenía a su servicio.

Efectivamente, Herodes no se podía permitir todo este lujo sin el aporte del pueblo, que era obligado a pagar el tributo al César por una parte y a Herodes por otra. De modo que el pueblo era doblemente exigido, pero de un modo mucho más acucioso por Herodes. Según datos del historiador Josefo, Herodes percibía en impuestos anualmente 10 millones de dracmas, siendo el dracma la unidad de la moneda.⁶ Un documento romano elaborado por algunos judíos contrariados por Herodes, atestigua que Herodes se había hecho rico además, poniendo trampas a ciertos apoderados del país, obligándolos a unos a pasar por juicios amañados y a otros mandándolos a matar. En suma, Herodes recurría a todos los medios para acrecentar sus riquezas.⁷ Todo esto sin contar el regalo que el Emperador Augusto le había dado en agradecimiento por aceptar el sometimiento del pueblo judío a los Romanos; se trataba nada menos que de las minas de cobre de Chibre.⁸

En torno a este gran rico de la sociedad de Jerusalem existían todos aquellos ricos que le hacían la corte. Gente que trabajaba para Herodes en primer lugar y que percibía fuertes cantidades del herario de Herodes. También ellos en sus casas tenían remedos de grandes fiestas al estilo de las que se organizaban en el palacio de Herodes. Estos ricos gastaban su dinero y su vida en grandes comilonas, en banquetes y con sus numerosas concubinas. Pero había también los ricos que no servían en la corte de Herodes, éstos trataban de rivalizar en riqueza, como podían, con Herodes para no ver caer su prestigio y el poder que todavía conservaban. También ellos tenían que tener lo suficiente para poder halagar a los romanos y tener así una palabra de poder. Flavio Josefo describe las costumbres de estos ricos con lujo de detalles haciéndonos ver que la rivalidad entre ellos les empujaba a los más escandalosos despilfarros en comidas, vinos, vestidos, etc.⁹

Sin embargo, los visitantes de Jerusalem se iban de esta ciudad llevándose una imagen diferente a la que podían darle los ricos, pues la pobreza y la miseria eran en esta ciudad mucho más patentes que la riqueza, aun cuando para un ojo crítico tanta miseria no podía ser otra cosa que una manifestación clara de riquezas concentradas.

Los mendigos abundaban en Jerusalem. Esta ciudad es un lugar santo y en torno a los lugares santos acude por lo general mucha gente, y se agrupan los mendigos, estropeados y miserables pidiendo limosna. Jerusalem era realmente un centro de mendicidad (Hechos 3, 2.3-10). Allí se daban cita todos los necesitados, pues una de las prácticas del Templo era distribuir diariamente la limosna entre los necesitados, siendo ésta una forma de escape moral para los ricos, de acuerdo con la clase noble de los Sacerdotes.

¿Qué posibilidad de trabajo podía ofrecer Jerusalem a sus habitantes? Relativamente muy poco. Propiamente hablando la materia prima única que ofrecía esta región es la piedra, siendo muy rocosa la topografía de los alrededores inmediatos a la ciudad. Sin embargo era prácticamente imposible trabajar la piedra pues faltaba agua en la ciudad y en sus alrededores. La piscina de Siloe era el único abastecimiento de agua para toda la ciudad. De modo que Jerusalem no ofrecía propiamente un trabajo seguro para la mano de obra.¹⁰ Por esta razón, fuera de algunas posibilidades que ofrecía la hotelería ocupada en el servicio de los peregrinos, la mayor parte de mano de obra estaba realmente ociosa, resultado global de una desocupación general en el país, pues la mayor parte de esta gente venía de las regiones del interior buscando precisamente una solución a su desocupación.¹¹ Este número impresionante de desocupados constituía una verdadera reserva, con lo que los salarios no eran muy altos y ningún trabajador asalariado podía realmente reivindicar mejoras; pero también, esta masa de desocupados era para Herodes y las autoridades en general un verdadero peligro.¹²

Joachim Jeremias centra su atención en Jerusalem y nos parece una buena muestra para la situación social de Judea en tiempos de Jesús. Los Evangelios por su parte nos dan también, de paso, algunos rasgos interesantes que nos ayudan a hacernos una idea más completa de la pobreza en tiempos de Jesús fuera de Jerusalem. Destacamos sobre todo de la lectura del evangelio de San Marcos esa nota tan característica de la vida pública de Jesús y tan enfatizada por Marcos: la inmensa muchedumbre que sigue a Jesús en su correría apostólica (Marcos 3, 7-12). Por muy atractiva que haya sido la personalidad de Jesús y su palabra no podemos concebir que haya tanta gente que ande detrás de él sin que esta gente esté realmente desocupada. Solamente los que no tienen trabajo pueden desplazarse de un lugar a otro; de hecho Jesús trabajaba en la evangelización y porque no tenía un trabajo manual ni obligación de sustentar una familia, podía desplazarse tan fácilmente. Pero no todos los que andaban con Jesús se ocupaban en la evangelización.

Esta muchedumbre que corre detrás de Jesús lo hacen por otra parte, algunas veces por intereses otros que su palabra. Tenemos por ejemplo, la narración de la multiplicación de los panes. Se trata de una muchedumbre que aún con hambre sigue a Jesús con la esperanza sin duda que Jesús les dé de comer. (Mc. 8, 1-10). No olvidemos además, que Jesús y sus discípulos practicaban también la limosna. Judas era el encargado de recibir el dinero y él mismo se encargaba de distribuirlo entre los pobres (Juan 12, 6; 13, 29).

Otro trazo que manifiesta la inmensa pobreza que existía en tiempos de Jesús era la cantidad enorme de enfermos y lisiados que salían al camino de Jesús, para que se les curara. Manifiestamente esta gente recurre a Jesús porque no cobra por curar, es gente que sufre de enfermedades debido a su miseria, difícilmente pueden curarse por no tener con qué pagar la medicina y el médico. Muchas veces cuando se habla de los milagros de Jesús se piensa solamente en el poder que él tenía como Dios para hacerlos, sin embargo la triste realidad es que ese poder se despliega porque hay miseria y pobreza en el pueblo. Jesús mismo manifiesta más de alguna vez su cansancio por esta actividad milagrosa y trata de huir de la afluencia de enfermos. En San Marcos 1, 38, por ejemplo, Jesús ha tenido una jornada sumamente cargada de curaciones y se ha retirado para descansar y orar. Pero muy temprano en la mañana del día siguiente Pedro le encuentra y le dice que mucha gente le anda buscando, Jesús entonces le responde que deben de ir a otro lugar porque él había venido para predicar. Sin embargo, el resto del evangelio de Marcos prueba a saciedad que Jesús no pudo fácilmente sacudirse la inmensa cantidad de enfermos que solicitaban su ayuda gratuita y eficaz.

El evangelio de San Mateo por su parte nos ofrece unos capítulos sumamente interesantes y reveladores sobre la pobreza en tiempos de Jesús. Se trata del famoso sermón de la montaña (capítulo 5).¹³ Sin duda hay en este sermón tal como nos lo ofrece Mateo, una presentación de la pobreza desde un ángulo religioso. Tal y como lo presenta Mateo, la pobreza entra en línea de cuenta como un cumplimiento más de la mesianidad de Jesús (ver Isaías 61, 1-3). Pero lo cierto es que este sermón de la montaña no está hecho de palabras religiosas. Jesús habla sobre una realidad, sobre la pobreza de su tiempo, sobre los pobres de carne y hueso; Mateo le da al sermón una presentación muy personal. Estos pobres a los que Jesús se refiere son la gente sin mayor instrucción (pobres en espíritu) y que por lo mismo son despreciados por la sociedad; los que aceptan su pobreza sin rencor ni envidia (los mansos) pero aspiran salir de ella; los que por enfermedades u otras desgracias están en la aflicción (los afli-

gidos), los que no tienen trabajo y tienen que pagar los impuestos; los que tienen hambre porque no tienen de qué comer (los hambrientos) y los que sufren porque la justicia que está en manos de los poderosos siempre les es desfavorable (sed de justicia); los que por su desgracia humana son objeto de misericordia, piden limosna, viven de la caridad (los misericordiosos); los que a pesar de ser pobres no levantan la mano vengativa contra su hermano, pero que solamente ven la paz como fruto de la justicia.

Sin duda alguna, el sermón de la montaña no es una alabanza a la pobreza material, es más bien una manifestación pública de Jesús contra tanta pobreza que existe en su tiempo entre los hombres. La bienaventuranza tiene sentido en orden al Reino de Dios y el Reino de Dios exige la anulación de toda situación que sea causa de discordia, de envidia y de guerra entre los hombres, y la pobreza material es una de esas causas. Proclamar bienaventurados a los pobres no significa en suma otra cosa sino declarar públicamente que esta pobreza tiene que terminar y que terminará no por una aceptación tácita de ella sino por una superación de la misma. A. Böckmann pretende que Jesús no fue un revolucionario social¹⁴ y sin embargo reconoce que la pobreza de la que habla Jesús no puede ser puramente espiritual sino que tiene una base material.¹⁵ Esta postura puede tener sentido como postura opuesta a otras tesis radicales pero, en sí, es una falsa afirmación. Admitimos que nadie tiene base documentaria para afirmar que Jesús fue un revolucionario tal como se entiende la palabra hoy día, con recurso a la violencia y a tácticas paramilitares; nadie puede afirmar tampoco que Jesús fue por ejemplo miembro o admirador del movimiento Zelota, como no puede decirse que los Zelotas eran revolucionarios como se entiende hoy en día este término. Pero lo cierto es que Jesús en el sermón de la montaña manifiesta una verdadera preocupación por el problema social de los pobres y toda su actitud como su palabra manifiestan a luces que esta situación no puede ser así como quieren los ricos (Herodes) y los poderosos (Fariseos) que sea. Además, la inversión de valores a que se refiere el mismo Böckmann¹⁶ refiriéndose al magnificat es un verdadero planteamiento revolucionario de Jesús ¿Debería acaso Jesús elaborar él mismo un programa social, económico y político para llevar a cabo esta inversión? Quizás sí, pero no lo hizo; sin embargo nos recomendó que lo hiciéramos, cuando por ejemplo se dirige al rico que quiere seguirle y cuando mueve a Zaqueo a revolucionar su situación en favor de los pobres. En fin, Mateo no podía formular esta necesidad revolucionaria sino en términos religiosos y apocalípticos, pues eran los modos más usuales de su tiempo para presentar este tipo de inversión. Está claro que éste no puede ser el modo para quienes vivimos en épocas mucho más

compenetradas de valores humanos, terrestres y materiales.

En el evangelio de San Lucas, la presentación del problema del pobre tiene también su peculiaridad. Lucas prefiere más bien presentarnos el problema en su crudeza social. Lucas confronta pura y llanamente el rico con el pobre. Lucas piensa que el mal y la causa de la pobreza es la riqueza cuando de ella se hace un pésimo uso.

Por esta razón, en el sermón mismo de la montaña Lucas escribe "bienaventurados los pobres", sin más. No quiere Lucas que se vaya a interpretar el pensamiento de San Mateo de un modo falso. Se trata pura y llanamente de los pobres que viven en la miseria que la sociedad les ha deparado como lote de su existencia. La parábola del rico Epulón que no comparte su comida con el pobre Lázaro, el mendigo; la parábola del hijo pródigo, un rico que malgasta su dinero en frivolidades; la parábola del mayordomo infiel que por no querer perder el estatuto de rico recurre a medios injustos; las palabras de Jesús contra la avaricia de los fariseos, en fin toda esa sección del evangelio de Lucas que va del capítulo 14 hasta el capítulo 21, 4 es una seria reflexión evangélica sobre el pésimo uso de la riqueza, la causa de tanta pobreza.

No hay duda que Jesús hacía estas parábolas con pleno conocimiento de la realidad. Es curioso leer al pie de nota de la Biblia de Jerusalem, al referirse a la parábola del rico Epulón, que esta parábola no tiene trasfondo histórico alguno. Salta a la vista que escenas como la que nos describe Jesús en esta parábola eran el pan de cada día, las grandes fiestas que hacían los ricos de Jerusalem, pero de modo

particular es más probable que esta parábola la haya contado Jesús pensando en Herodes. El problema de los pobres era tan agudo en tiempos de Jesús y el pésimo uso de la riqueza tan escandaloso que muy poca necesidad tenía Jesús de inventarse historias irreales. Por otra parte, el evangelista Lucas tan preocupado por el problema social de la pobreza no habría recogido esta parábola de no haber estado cimentada en la vida real del tiempo de Jesús.

Irrevocablemente, Lucas nos obliga a poner el dedo en la llaga. La crudeza de su lenguaje no se presta a duda alguna. Jesús fue un hombre realmente preocupado de la situación escandalosa del pobre de su tiempo. Siente compasión de ellos (Marcos 8, 2) y dentro de los límites de sus posibilidades trata de remediar a todos sus males. Pero el mismo Jesús se da cuenta que toda su actividad no resuelve el problema. Que el problema de la pobreza y del pobre rebasa los límites de la buena voluntad y de la caridad, porque como dice el mismo Jesús "a los pobres siempre los tendréis" (Juan 12, 8); por consiguiente la solución de este problema no depende de una persona por muy poderosa que sea y Jesús lo fue. El pobre y su pobreza es un problema de todos los hombres; es un problema humano de todos los hombres en su convivencia social y exige una solución efectiva, es decir política. Tal es el pensamiento que aparece en todo el evangelio de San Lucas, al tratar el problema del pobre dentro del binomio rico-pobre.

Los pobres del Evangelio

Una lectura de los Evangelios nos ofrece un impresionante material con el que podemos hacernos una idea aproximativa de lo que era un pobre para Jesús.



Pobre es José y María, los padres de Jesús, quienes tuvieron que refugiarse en una de las guaridas cavadas de las afueras del pueblo de Belén por no tener dinero suficiente para pagar el hospedaje (Lucas 2, 6-7). Pobre es el mismo Jesús por quien se ofrece en el Templo la cuota mínima para el sacrificio en el día de la presentación (Lucas 2, 24). Pobre es todo aquél que por no tener bienes materiales en que apegar su corazón es solícito a las personas que piden servicio y a la amistad que se le ofrece (Lucas 14, 15 sg.). Y también lo es aquél cuya vida depende de lo poco que tiene, cuya pérdida significa su ruina total (Mateo 15, 1-9). Pobre es el hombre que vive de la limosna y de la caridad de los demás (Lucas 16, 19 sg.) pero cuya pobreza no es excusa para no cumplir con las leyes de los hombres (Lucas 21, 1 sg.).

Pobres son los pastores que ganan su vida con el duro y tedioso trabajo del pastoreo, que les obliga a vivir a la merced del tiempo, de la intemperie y bajo la constante amenaza de los bandoleros que se refugian en el campo (Lucas 2, 8). Pobres son los discípulos de Jesús que se ganan la vida con el sacrificado trabajo de la pesca (Marcos 1, 16 sg.). Estos son pobres porque su única riqueza es el trabajo con el que ganan la vida honradamente (Lucas 5, 1 sg.).

Pobres son todos aquéllos que sufren hambre por no tener trabajo (Mateo 14, 13 sg.) y por vivir en continua desocupación (Mateo 20, 1 s.). Estos pobres tienen muchas veces que transgredir las leyes para poder satisfacer su hambre (Mateo 12, 1-8).

Pobre es la familia de Jesús perseguida injustamente por la envidia y la codicia del poderoso Herodes. La familia de estos pobres tienen que huir al extranjero por el miedo, arrancándoseles de su tierra, única posibilidad de seguridad para sus vidas (Mateo 2, 13 sg.).

Pobres son los indefensos, como los niños y las madres que perecieron cuando Herodes mandó hacer una redada en Belén con la esperanza de capturar o matar entre ellos a quien él consideraba su rival y enemigo, Jesús (Mateo 2, 6 sg.). Pobre es Juan Bautista otro indefenso frente a la cólera de Herodes, quien le mandó encarcelar por haberle dicho la verdad y recordado sus deberes (Marcos 6, 14 sg.). Pobre es el que vive a la merced del capricho de los ricos y de los poderosos. Lo es también todo aquél que por estar indefenso y no tener protección por parte de la sociedad es fácil víctima de los bandoleros y ladrones (Lucas 10, 25 sg.), es el desamparado y desprotegido. Y lo es precisamente porque no tiene recursos económicos con qué pagarse la protección de la ley en una situación donde la justicia está

en manos de comerciantes (Mateo 18, sg.). De modo que estos pobres terminan siendo víctimas de la avaricia, de la codicia y de la violencia a muerte de parte de aquéllos cuyas ansias y ambiciones son el dinero y el poder (Mateo 22, 33 sg.).

Pobre es todo aquél que es usado como objeto del placer y del vicio de los ricos, que usan de la vida y del honor mancillado del pobre para escudar sus vicios y decadencias morales (Juan 8, 1-11). De modo que el pobre es aquél que está condenado por la sociedad de los ricos y poderosos a vivir siempre encorvados, sin tener posibilidad de levantar cabeza en una situación social hecha por los hombres con leyes intocables escritas por el egoísmo (Lucas 13, 10 sg.).

Pobre es aquél cuya riqueza es la pobreza y por ella tiene que pagar impuestos a la sociedad de los poderosos (Mateo 17, 24 sg.).

Pobres son los lisiados, los enfermos, los que la sociedad ha definitivamente marginado considerándolo como inútiles y como carga para los demás (Marcos 1, 21-3, 12).

Pobres son los que viven de esperanzas soñadas, de deseos justos pero difíciles de realizar por no tener en sus manos las posibilidades de lograrlos (Mateo 20, 20 sg.). Son todos aquéllos que por carecer de bienes materiales ponen fácilmente su esperanza en las promesas de un hombre y en la personalidad del mismo o simplemente en las posibilidades que ese hombre tiene de salvarlos de la miseria (Marcos 11, 1-11).

Pobre es también, todo aquél que dándose cuenta de las injusticias resuelve prácticamente reparar daños mediante una justa repartición de sus bienes con aquéllos que realmente la necesitan (Lucas 19, 1-10). Lo son también todos aquéllos que ponen su dinero a la disposición de una producción que redunde en el bien de todos por igual (Lucas 19, 11 sg.).

Quién es el pobre para Jesús

En fin, es quizá en el sermón de la montaña donde encontramos mejor delineada la imagen que Jesús se hace del pobre.

Pobres son los que por falta de recursos no han podido cultivar su inteligencia, son pobres en espíritu, sencillos de corazón, rudos a veces pero sinceros y sin embargo de poco valor a los ojos de la sociedad (Mateo 5, 3). Pobres son los que en medio de su pobreza no recurren a la violencia aun cuando aspiran superar su estado de miseria, los mansos, los hombres que esperan a veces contra toda esperanza

(Mateo 5, 4). Pobres son los que viven continuamente en la aflicción que la vida económica muy precaria les depara todos los días, aflicción de tener que endeudarse sin saber cómo pagar la deuda, aflicción de no tener con qué asistir a los suyos y a sí mismo en las enfermedades, aflicción de ver sufrir hambre a los seres queridos, aflicción de saberse el blanco fácil de los poderosos y de los ricos (Mateo 5,5). Pobres son los que tienen hambre, no porque no tienen lo suficiente ni menos porque acostumbrados a darse grandes comilonas nunca quedan satisfechos, sino los que tienen hambre porque no tiene nada de qué comer (Mateo 5, 6a.). Pobres son los que aspiran a que la justicia por lo menos les calme tantos males, pero saben de antemano sin embargo que esta justicia comercializada no será tampoco para ellos un baluarte sino al contrario muchas veces la espada que traiciona (Mateo, 5, 6b). Pobres son los que por sus enfermedades y miserias viven de la limosna, son objeto de la misericordia y por lo mismo viven de la misericordia (Mateo 5, 7). Pobres son aquéllos que no tienen riquezas en sus manos pero tampoco ensucian su corazón con malvados proyectos, con muertes violentas, con mentiras y engaños (Mateo 5, 8).

Pobres son los que se ven frustrados en sus tenaces intentos de construir la paz en medio de los hombres, tan ocupados en dividirse y atacarse mutuamente (Mateo 5, 9) y también lo son, a veces hasta reducirlos a una pobreza material extrema, aquéllos que por presentarse como defensores de los pobres, con las armas de la justicia son perseguidos por los ricos y los poderosos no pocas veces con intenciones de muerte (Mateo 5, 10). Pobres son los que por defender la verdad y tratar de hacerla vigente entre los hombres descubren las artimañas de los poderosos y los ricos, granjeándose así toda suerte de males en su contra (Mateo 5, 11).

Esta es en suma la visión que nos da Jesús del pobre en el hermoso discurso de la montaña; pero leemos también en los evangelios una frase que merece de nuestra parte una atención especial, porque en ella también, de acuerdo a la tradición cristiana, Jesús habla directamente del pobre: "a los pobres siempre los tenéis con vosotros y siempre que queréis les podéis hacer el bien, más a mí no siempre me tenéis", frase atestiguada por Marcos 14, 7 y por Mateo y Juan, menos por Lucas quien en cambio es el que más escribe sobre los pobres en contraposición de los ricos.

Esta frase la leemos dentro del contexto de una cena de Jesús con un amigo y los amigos de éste. Durante la cena se acerca una mujer, María, llevando un bello frasco de alabastro que, según San Juan derramó en los pies de Jesús y según Mateo y Marcos derramó en la cabeza del mismo. Esta peque-

ña nota divergente demuestra que la narración no es una crónica, sino una noticia que fue recibida por la tradición oral. Sin lugar a duda, el significado de estos gestos es diferente. En Marcos y Mateo significa la dignidad mesiánica de Jesús, mientras que en Juan significa un gesto de amistad. Si se trata de un gesto mesiánico, encuadra entonces con toda la tradición veterotestamentaria que nos ofrece varios casos de unción y casi siempre impartida a hombres pobres, escogidos por Dios precisamente de entre los pobres para hacer ver mejor que es una verdadera vocación, es decir una elección que en modo alguno se fundamenta en méritos ni en poderes de la persona. Si se trata en cambio de un gesto de amistad, entonces tenemos un paralelo evocador en el gesto de Jesús durante la última cena, donde precisamente el Maestro lava los pies a sus discípulos. En ambos casos, Jesús nos aparece por consiguiente como un pobre.

La reacción de los comensales es muy viva. Se escandalizan de ver malgastado su dinero en cosa tan superflua como es una loción. De acuerdo con el pensamiento de estos individuos era mejor vender el frasco, recuperar el dinero invertido y ayudar a un mayor número de pobres. Esta reacción manifiesta a luces que los comensales ven en este gesto un acto de caridad, una "buena obra". El agraciado de esta obra caritativa es nada menos que Jesús, que nos aparece entonces de nuevo como un pobre. En el contexto de San Juan es Judas quien se escandaliza y reacciona igualmente en favor de un mayor número de pobres. Judas era el encargado de la bolsa común de Jesús y sus discípulos, con lo que subvenía a las necesidades del grupo y de paso también la necesidad de los mendigos, hambrientos, etc. Muy probablemente entonces el gesto tal como lo conserva San Juan se acerca más a la realidad de la narración. El gesto de la mujer no llevaba ningún ápice de mesianismo, era pura y simplemente una "buena obra", un acto de amistad para con Jesús.

Jesús reacciona entonces defendiendo el gesto de la mujer y aduce para ello dos razones. La primera que es una "buena obra" lo que ella hace; esto quiere decir, de acuerdo a toda la tradición neotestamentaria, que sirve para la remisión de los pecados de la mujer. La segunda razón es la que más nos interesa aquí. Dice Jesús: "a los pobres siempre los tenéis con vosotros y siempre que queréis les podéis hacer el bien, más a mí no siempre me tenéis" (Marcos 14, 7).

Esta frase que la tradición cristiana pone en boca de Jesús manifiesta lo que era el pobre para Jesús, al menos de acuerdo a la tradición. Ante todo Jesús mismo se considera un pobre como todos aquéllos que son objeto de "buenas obras", lo que nosotros llamamos hoy día obras de caridad. Según



los datos que nos dan los evangelios se colige que Jesús y sus discípulos entregados a la evangelización vivían de lo que la gente les daba (Mateo 10, 9-11). Judas era el encargado de recoger esta limosna, en dinero o en víveres (Juan 12, 6). Un día que una muchedumbre enorme seguía a Jesús y a sus discípulos, ellos mismos veían como algo normal compartir con toda esa gente lo que tenían en ese momento, pero se daban cuenta de que no alcanzaría para dar de comer ni siquiera a diez personas (Marcos 6, 35 sg.). Otra vez los discípulos hambrientos cogen espigas de trigo que encuentran en el camino y las trituran en sus manos para comérselas (Marcos 2, 13 sg.). Jesús mismo parece que se alimentaba de las frutas de plantas salvajes por falta de alimento (Marcos 11, 12-14). En no menos de alguna ocasión Jesús y sus discípulos no tenían dinero para pagar el impuesto que se exigía en aquel tiempo para poder entrar a una ciudad (Mateo 17, 24-27). Ciertamente Jesús no tenía una casa propia donde pasar la noche y sentirse seguro (Mateo 8, 20). Se comprende entonces fácilmente por qué Jesús, en el discurso del juicio final, se identifique realmente con el pobre (Mateo 25, 31-46).

Otro elemento interesante de la frase que estamos comentando es el siguiente. Jesús reconoce la existencia de los pobres en su propio medio de vida. No niega además que estos pobres lo sean en el sentido económico de la palabra, gente que realmente necesita de dinero para poder vivir. Afirma además contundentemente, que estos pobres existirán siem-

pre, al menos en el sentido de esta frase, siempre que se les asista solamente por medio de la caridad.

De modo pues, que Jesús manifiesta un sentido realista sobre el pobre. Esta frase basta, ella sola, para dar razón a San Lucas cuando al hablar del pobre lo hace sin epítetos como "pobres de espíritu". Es suficiente también esta frase de Jesús para leer correctamente el evangelio de Mateo en lo que atañe a los pobres, sobre todo en el discurso de la Montaña. Se trata aquí, como en todo el evangelio de los pobres en el sentido económico y social de la palabra. Gente sencilla, sí, iletrada también y sometida a los sufrimientos de enfermedades; pero todo esto se debe a que no tienen los medios eficaces que se manejan en la sociedad para salir de estos males, es decir que no tienen dinero.

El realismo de Jesús sorprende además cuando asegura con firmeza que estos pobres siempre existirán, si se les trata de dar una solución de tipo caritativo. Estos pobres no pasan de ser entonces sino pura ocasión para que los ricos puedan hacer actos de caridad. Los ricos serán entonces gente virtuosa, los pobres no cambiarán nunca su situación. Propiamente hablando sin embargo, este texto del evangelio y ningún otro texto no condena la caridad, al contrario la recomienda como una medida "buena" frente a la amarga miseria y pobreza. Sin embargo, el discurso de la montaña, la entrega de Jesús por el pobre hasta la entrega de su propia vida van en el sentido de una solución en vías de la justicia.

En este último sentido hay que comprender entonces la frase "a mí no me tenéis siempre". Jesús se presenta en el pasaje que estamos comentando (Juan 12, 1-11) como el que anuncia su muerte, su entrega final con la que nos hizo mercederos de justicia. La frase significa, que la justicia no siempre estará presente en las relaciones entre ricos y pobres. Los ricos recurren más fácilmente a la caridad, pero descuidan la justicia, es más, la hacen totalmente ausente de las relaciones sociales. Se comprende entonces que mientras se asista a los pobres con obras caritativas y se margine de la sociedad a Jesús que es la justicia, entonces la justicia estará siempre ausente y los pobres seguirán mendigando la caridad de los ricos.

Conclusión

"¿Con qué tú sabes reconocer a los pobres?", preguntaba Sócrates a Eutydemo. Y este respondió "¿Cómo no sabré yo reconocerlos? . . . Los pobres son aquéllos que no tienen los bienes que necesitan, mientras que los ricos tienen más de lo que les sobra". Definitivamente, la identificación del pobre se hace siempre en contraste con el modo de existir del rico. San Lucas en su evangelio así nos lo presenta, de acuerdo a la literatura antigua y a la realidad de todos los tiempos. Que no nos quepa la menor duda, la pobreza del pobre se define por mediación de categorías cuantitativas. Pobre es el que no tiene lo suficiente, rico es el que tiene sobradamente. En suma, el evangelio mismo y el concepto que parece aflorar en la mente de Jesús definen al pobre por su estatus económico.

Todo otro sentido de pobre es inadecuado y ciertamente en sus sentidos derivados solamente se puede aplicar a las consecuencias que sufre un hombre desde su precaria situación económica. Se dirá por ejemplo, que tal hombre es pobre de inteligencia porque no tiene recursos para educarla y cultivarla; se dirá que tal otro es pobre en cultura porque no tiene los recursos para lograrla; se dirá de un tercero que es pobre en lenguaje porque no ha tenido medios económicos para estudiar, porque no ha tenido medios económicos para aprender a leer, porque por razón de su trabajo, único medio para subsistir, no puede darse a la lectura; se dirá de un hombre que vive en situaciones familiares de promiscuidad que es pobre en valores morales, etc.

Propiamente hablando es totalmente erróneo hablar de pobreza al referirse a un hombre que posee riquezas. Si un rico es ignorante se dirá más bien o que es tonto o que es un haragán; si es un hombre inmoral aun teniendo un medio familiar adecuado para la moralidad se dirá que es un depravado; si es inculco se dirá que es un descuidado, etc.



En suma, pobre es aquél que carece de los medios económicos suficientes para hacer frente a las necesidades vitales y humanas de su existencia; y será pobre en toda circunstancia que se derive de su precaria situación económica. Propiamente hablando el término de pobreza no debía de aplicarse a situaciones que no sean de índole económica o derivados de ella, es decir a situaciones en que no interviene la carencia de medios económicos. Por ejemplo, cuando alguien sufre por la pérdida de un ser querido no es propiamente un pobre. Sí lo es en cambio, aquél que pierde una cantidad de dinero que representa por ejemplo el logro de su trabajo diario, sin que tenga otros recursos para hacer frente a sus necesidades. Es pobre también aquél que por no tener recursos es explotado, marginado, exprimido, despreciado, burlado por la justicia, desamparado por la ley, etc.

Pobre es todo hombre que sin recursos materiales y sin dinero suficiente no puede levantar cabeza en una sociedad donde la ley es el dinero y tampoco puede volverse a la naturaleza, porque esta es propiedad "privada" de los poderosos.

NOTAS

1. En general sigo la traducción de la NUEVA BIBLIA ESPAÑOLA de A. Schökel y J. Mateos. Ed. Cristianidad. Madrid 1975.
2. Nos servimos en este artículo del hermoso libro de J. Dupont *Les Béatitudes* (3 tomos) ed. J. Gabalda. París 1969-1974.
3. Véase, Siracíd 3,17; 10,28; 13,20; 45,4; Salmos 10, 15; 25,9; Proverbios 15,23.
4. J. Jeremias, *Jerusalem au temps de Jésus*. Desclée. París-Brugé 1959
5. op. c. p. 125-172.
6. op. c. p. 134-135.
7. op. c. p. 135.
8. op. c. p. 135.
9. op. c. p. 136 sg.
10. op. c. p. 46.
11. op. c. p. 60 sg.; 80 sg.
12. op. c. p. 78-80.
13. Véase el hermoso libro de J. Dupont antes citado.
14. En: CONCILIUM 124 "El nuevo Testamento y la relación de la Iglesia con los pobres". p. 53 sg.
15. Idem. p. 52.
16. Idem. p. 50.